

Patrocinio de la Santísima Virgen sobre la Iglesia y la Fraternidad

*Ecce Maria erat spes nostra,
ad quam confugimus, in auxilium, ut liberaret nos,
et venit in adiutorium nobis.*

María es realmente nuestra esperanza,
a la que nos acogemos, como auxilio, para que nos libre,
y Ella viene a nuestra ayuda.

El día 8 de mayo, fiesta de Nuestra Señora de Luján, celebramos propiamente el *Patrocinio de Nuestra Señora*, en el que Nuestra Señora aparece ante nuestros ojos como la más firme Protectora de la Iglesia, como el constante Auxilio de los Cristianos. Y a nosotros, que vivimos en tiempos tan peligrosos para la Iglesia, para nuestra vida cristiana, para nuestra salvación eterna y la de muchísimas almas, nos es muy provechoso recordar ese Patrocinio, esa Ayuda concedida por Dios a nuestra debilidad, para que en estos tiempos aciagos adquiramos el hábito y como el instinto de recurrir constantemente a la Santísima Virgen, pidiéndole ayuda por nosotros y por toda la Santa Iglesia de Dios.

Para ilustrar esta verdad, no hay nada mejor que explicar la figura de este Patrocinio de la Santísima Virgen en el Antiguo Testamento, haciendo brevemente la aplicación a nuestro caso. Es la figura de la reina Ester, concedida por Dios al pueblo judío en un momento en que iba a ser entregado al exterminio por odio de un acérrimo enemigo. Fácilmente comprenderemos, con esta comparación, la necesidad que tenemos de Nuestra Señora, y de recurrir filialmente a Ella para no perecer.

1º Situación angustiosa de la Iglesia de Dios.

Nos remontamos a los tiempos después de la deportación del pueblo judío a Babilonia. El rey de Persia, Ciro, había dado permiso, hacia el año 535 antes de Cristo, a todos los judíos que quisieran, para volver a la tierra de Palestina, reconstruir el santuario y volver a edificar la ciudad de Jerusalén. Muchos judíos, sin embargo, siguieron viviendo en la diáspora, esto es, en la dispersión, en este caso en Persia.

La historia de nuestra reina Ester se sitúa un poco más tarde, en tiempos del rey Asuero (485-465). Este rey había ensalzado a un tal Amán, de estirpe extranjera, a la más alta dignidad de su reino. Por ese motivo, todos los servidores del rey tenían que doblar la rodilla en su presencia y honrarle casi como a un dios. Sólo Mardoqueo, un judío muy virtuoso que tenía un importante cargo en palacio, no doblaba la rodilla ante él ni le adoraba, porque no podía dar a un hombre los honores que sólo a Dios se tributan.

Enterado de ello Amán, y sabedor de que Mardoqueo era judío, concibió hacia él tal resentimiento, que resolvió perderlo no sólo a él, sino también a toda su raza. Para ello persuadió al rey de que los judíos eran un pueblo sumamente perjudicial para la prosperidad del reino: *«Es un pueblo –le dijo– que se opone a las costumbres de todas las demás naciones, sigue leyes perversas, desprecia las órdenes del rey, y turba por la contrariedad de sus sentimientos la paz y la concordia de todos los pueblos».*

El rey publicó entonces un edicto, en el que se mandaba exterminar en un solo día a todos los judíos del imperio, jóvenes y viejos, niños y mujeres, y confiscar todos sus bienes.

APLICACIÓN A LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA IGLESIA. — *Asuero es Dios; Amán es el diablo; Mardoqueo es la Iglesia Católica; los judíos son los fieles cristianos. El Señor ha permitido, por ser el momento de la Pasión de la Iglesia, que el diablo tenga poder sobre su Cuerpo Místico, como antes lo tuvo sobre su Cuerpo Físico: eso es lo que significa el encubramiento de Amán. Y como el diablo ve que la Iglesia se opone a su intento de ser adorado por la humanidad, ha decidido exterminarla con toda su raza.*

Desde la Revolución Francesa ha tramado esta pérdida de la Iglesia, y lo ha hecho presentándola, cada vez con mayor artificio, como un pueblo contrario a todas las costumbres, leyes y creencias universalmente admitidas por todos, y por lo tanto, como un pueblo que turba la paz y la concordia de los pueblos. Y esta artimaña le ha salido tanto mejor, cuanto que los cristianos se han visto obligados cada vez más a remar contra corriente para conservar su fe y sus costumbres cristianas. De este modo, el demonio ha logrado poner en peligro de muerte nuestra fe, la santa Misa, los Sacramentos, la educación cristiana de nuestros hijos, las costumbres cristianas, la salvación de nuestra alma.

2º La Virgen María, gran Remedio dado por Dios ante esta situación grave.

Juntamente con la prueba, Dios da el remedio. Al mismo tiempo que Asuero ensalza a Amán, elige como esposa suya a una joven judía, hermosísima de cuerpo y virtuosísima de alma, llamada Ester. Ahora bien, se dio la coincidencia de que ella era sobrina de Mardoqueo, quien la había educado en la virtud, por haber quedado huérfana de padre y madre desde muy temprano.

A ella acudió Mardoqueo en la angustiada situación de su pueblo, y así suplicó a Ester que se presentara ante el rey para interceder por su nación. Ester le

alegó que no podía hacerlo, ya que nadie podía presentarse ante el rey sin haber sido llamado por él, y eso bajo pena de muerte. Mas Mardoqueo la apuró diciéndole: *«Si tú callas ahora, Dios librará a su pueblo de otra manera; mas ¿quién sabe si para un momento como éste, para liberar a tu pueblo, alcanzaste la dignidad de reina?»*.

Seguendo el pedido de Mardoqueo, Ester se presentó ante el rey con peligro de su vida. Asuero, al ver ante sí a la reina sin haber sido llamada, sintió una primera reacción de vivo furor; mas como Ester se desmayara al darse cuenta de ello, el furor se le trocó al instante en tiernísima compasión, y alargando hacia ella el cetro real, trató de reconfortarla diciéndole: *«¿Qué te pasa, Ester? Yo soy tu hermano, no temas. No morirás, porque esta ley no ha sido puesta para ti»*. Y al punto accedió a concederle todo cuanto le pidiese. Ester suplicó entonces al rey que acudiese con Amán a un banquete que ella prepararía, y allí le daría a conocer su pedido.

Llegado ya el día del convite, y estando presente Amán, la reina dijo a Asuero, con gran angustia: *«Si he hallado gracia a los ojos del rey, y place al rey cumplir mi deseo, sálveme la vida, a mí y a mi pueblo; pues está decretado que se nos masacre a todos en un mismo día»*. Y desveló entonces al rey las perfidias de Amán, el cual fue al punto ejecutado, y reemplazado en su dignidad por Mardoqueo, hallado fiel al rey.

APLICACIÓN A LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA IGLESIA. — *Triste sería el estado de la Iglesia si, como el pueblo judío en ese momento, no tuviese la Iglesia una intercesora todopoderosa como Ester. En efecto, la Iglesia, en todos los trances difíciles, acude a María, especialmente en el momento en que Dios le deja rienda suelta a Amán, al demonio: pues el tiempo del diablo ha de ser también el tiempo de la Mujer que le aplasta la cabeza. La Iglesia le suplica, como Mardoqueo, que salve la fe, las familias, la santa Misa, las costumbres cristianas: «Invoca al Señor, y habla por nosotros al Rey, y líbranos de la muerte. ¿No es acaso por eso, dulce Señora, que has sido exaltada como Reina?»*.

Eso mismo hizo la Fraternidad hace 30 años, cuando se consagró toda entera al Corazón doloroso e inmaculado de María, diciéndole:

«Quiera Dios, en medio de tantas ruinas y traiciones, según anteriores ejemplos, disponer nuestra FRATERNIDAD SACERDOTAL como un pequeño ejército de reconstructores. Mas, consciente de su debilidad, ésta se vuelve hoy hacia Ti, Virgen Poderosa, Auxilio de los Cristianos. Ante la magnitud de nuestra misión y desconfiando de nuestras fuerzas, ¡oh Virgen Terrible como ejército en orden de batalla, que has recibido desde el comienzo la promesa de aplastar la cabeza de la serpiente!, queremos ampararnos bajo Tu maternal y poderosa protección. ¡Oh Arca de la Alianza!, en medio de los peligros que nos amenazan, suplicamos a Dios se digne confirmar por Ti nuestra vocación de servir a Su Iglesia».

Acto seguido, le suplicamos a la Virgen que se digne sostener nuestra Fraternidad tan firmemente, que jamás se aparte del buen camino; que guarde a cada uno de sus miembros aferrados inquebrantablemente a ella; que mantenga inmaculada nuestra fe; que conserve en la Iglesia el Sacrificio de la Misa en su antiguo y venerable rito

romano, haciéndonos permanecer fieles a él; que haga florecer entre nosotros la santidad sacerdotal, religiosa y familiar; que guarde nuestra Fraternidad como una rama fructífera y siempre viviente de la Santa Iglesia Católica Romana; que, en resumen, nos obtenga la gracia de ser instrumentos cada vez más dóciles y aptos en las manos de Dios para la salvación del mayor número posible de almas.

No podemos, entonces, dudar de que María se presenta realmente ante Dios, como lo hizo al exponer su vida al pie del Calvario, y que el Rey de reyes le dice que no tema, que Ella ha hallado gracia ante El, y que por eso será escuchada en todas sus peticiones. Y así la Virgen alcanza la liberación de su pueblo, la protección divina para los suyos.

Conclusión.

Realmente, con tal protectora no tenemos derecho a desalentarnos ni a bajar los brazos; al contrario, hemos de proseguir nuestro trabajo de fidelidad a la vida cristiana; cuanto más que, como en el caso de Ester, la Virgen exige nuestra cooperación.

En efecto, al decidirse a llevar a la práctica el pedido de Mardoqueo, Ester le dijo: «Ve y congrega a todos los judíos que se hallan en Susa, y ayunad por mí, y no comáis ni bebáis nada por espacio de tres días; también yo, con mis doncellas, ayunaré igualmente; y luego me presentaré ante el rey, arriesgando mi propia vida».

APLICACIÓN A LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA IGLESIA. — *¿Qué nos pide Nuestra Señora? «Congregaos todos, hijos míos, y rezad, y mortificaos, y haced penitencia mientras yo me presento ante el Rey»: esto es, determinaos, por el bien de la Iglesia, de vuestras almas, de vuestras familias, de vuestra fe, a llevar de ahora en adelante una vida más austera, en la que sea apartada inexorablemente toda costumbre mundana, todo lo que puede ser un peligro para vuestra fe, para el mantenimiento de la gracia en vuestras almas; llevad también una mayor vida de oración, con el rosario en familia, con frecuencia de sacramentos.*

¿No nos recuerda esto al llamado de la Virgen en Fátima? Pues de eso mismo se trata: de que lo escuchemos con mayor seriedad, con la decisión de ponerlo verdaderamente en práctica. Y entonces sí, estemos seguros de que nuestros esfuerzos no serán vanos, y nuestra fidelidad será semilla de nuevos cristianos. Como lo fue al principio de la historia de la Iglesia. Con la confianza puesta en María.

Consagrémonos, pues, totalmente a la Santísima Virgen: nuestras personas, nuestras familias y nuestra congregación; estemos decididos a todas las renunciaciones que implica esta actitud de fidelidad; y expongámonos confiadamente a la Santísima Virgen nuestras súplicas, nuestras preocupaciones, nuestras necesidades, nuestros peligros.